

**ARTURO** Sergio Visca dice en el prólogo de SOL A SOL que "Julio C. da Rosa no escribe más que sobre lo que conoce bien y de lo que conoce no pretende decir más de lo que sabe. Hay en esto una forma de honestidad moral y literaria que no es frecuente". Da Rosa escribe sobre lo que conoce bien — es decir sobre lo que ama —. Y que da Rosa quiere con todas sus fuerzas a su tierra, a Treinta y Tres, es una verdad que está dicha en todos los tonos del entusiasmo, de la melancolía, la identificación con sus criaturas más modestas, desde las páginas de sus libros.

De estas criaturas que da Rosa conoce bien, no pretende decir más de lo que sabe. Pero, lo que sabe es muchísimo. Sabe miraras con fraternidad humana, sintiéndolas en su desamparo y en su cotidianidad, salvando, rescatando el gran mérito de ellas: vivir sin exigir a la vida lo que el desamor y la codicia no les da, tal como lo hacen los verdaderos pobres.

De este mundo de criaturas surge con trazo maestro Ansin, el vendedor de lotería, que fue flautista de éxito en su juventud y ahora recorre las calles de la ciudad con su mercancía de papel y la simple serenidad de los que aceptaron con humilde resignación el lugar menos aventajado, el de los desheredados, los que nada tienen — sólo el tesoro de su actitud paciente y ejemplar.

Y Ansin vive en nuestra ciudad, pasa por las calles con su mirada que tiene aún algo del asombro y el dolor del niño, con su lotería y a veces su parrito... El mismo Ansin que nos conmueve en el cuento "Hombre-flauta" es para los habitantes de Treinta y Tres uno de nuestros vecinos, que sabe, someramente, que da Rosa lo ha puesto en letras de molde...

Vida y creación son, por lo tanto, un solo mundo expresado por medios artísticos y sostenido por la honestidad moral y literaria que señala Arturo Sergio Visca como virtud esencial de nuestro escritor.

Este pequeño fragmento que citamos del cuento "Hombre-flauta" tiene, debido a su sencilla intensidad y concentración de los rasgos más propios del estilo de da Rosa, vida por sí mismo. Ese momento que viven madre e hijo ha sido captado con tanta felicidad y plenitud que, podemos decir, constituye un cuento dentro del cuento.

Florece en esta página — y en toda la obra de da Rosa — gozosamente el habla popular de Treinta y Tres; el autor emplea las palabras que oyó en su niñez y ellas invaden toda la obra, no sólo los diálogos, sino la narración misma. En este fragmento, tan pequeño, hallamos sin embargo voces, giros que pertenecen al lenguaje conversacional y que están incorporados — transfigurados — y sirven a las necesidades expresivas del autor. Así: le vinieron ganas de tajarlo de un sosagate, atinó a envolver al mala facha en un abrazo...

Se realiza de este modo en los cuentos de da Rosa una asimilación de lo popular a lo artístico, pero de tal entidad que el habla del pueblo y la creación poética están tan entrelazadas una y otra que son ya inseparables, en virtud de la fresca y rica simplicidad lograda por el creador.

Por momentos tenemos la sensación de que no leemos sino oímos: tal es el gusto con que el autor recrea o mejor dicho vive nuevamente entre sus criaturas, y nos trae el recuerdo del juglar que era él la misma voz de sus romances. Aunque más propiamente a nosotros, uruguayos, nos evoca las reuniones en las que confraternizamos alrededor de alguien que tiene el don de alegrarnos, entretenernos, emocionarnos, volvernos a alegrar con un cuento bien dicho.

Dice Menéndez Pidal en su estudio sobre Santa Teresa: "la prosa de la Santa es el tipo perfecto de lenguaje familiar de Castilla en el siglo XVI, el mismo de la conversación; pues la autora, al escribir, estaba ajena de toda preocupación literaria; no redacta, habla sencillamente".

Lo mismo se puede afirmar de la escritura de da Rosa: el habla de Treinta y Tres está viva en sus cuentos; se podría estudiar la peculiaridad lingüística de esta tierra en su obra; no falta en ella nada de lo popular, desde el pecharse tan arraigado hasta todas las variantes gráficas, irónicas, candidas, gruesas — estas últimas empleadas con altura y naturalidad — de frases y de palabras que le infunden un sabroso aliento de vida a su prosa.

En este fragmento se nos presenta la relación de la madre y su niño. Son, como casi todos los seres de da Rosa, humildes, vidas mínimas, poco visibles, llenas de una riqueza austera, de una sufrida interioridad.

Quizás, para mejor gustar — aunque no es totalmente necesario — es oportuno añadir algunos detalles del contexto; el más importante es que el niño, que no ha podido aprender nada en la escuela debido a ciertas deficiencias, ha frustrado de alguna manera,



Próspero Ansin, popular figura treintalesina que ha merecido una hermosa página en un libro de Julio C. Da Rosa, fallecido momentos en que el autor terminaba de escribir el presente artículo

## Da Rosa y su amor por Treinta y Tres

### "Hombre-flauta" (Fragmento)

*Lo primero que se le fue dando en el incansable tanteo de todos los días, fue un arrotro que tenía metido adentro desde no sabía cuando. Una cosita liviana, finita, casi un hilo de seda. Apenas medio la dibujó contra el silencio de un oscurecer, salió corriendo rumbo a la cocina. Llegó desparramando felicidad.*

— ¡Mire, mamá!

— ¡Mire lo qué? ¿Esa facha de güerfano, que tráis?

— No, no. Mire.

*Cuando lo vio levantar la flauta rumbo a la boca, le vinieron ganas de tajarlo de un sosagate. Pero no tuvo tiempo ni de largar la pala de revolver. Revolviendo la agarró la punta de aquel hilo de seda suavcito. Más suavcito que un hilo de seda, ella lo sintió envolverse. Como un "casi nada". Algo como la luz de la luna, que toca pero que no se siente. Y venido de lejissimos, como la luz de la luna. De mucho más allá de la vida y del mundo y de todo...*

— ¡Mamá!

*Largó la pala y dejó de balancearse. Estuvo buscando unas palabras, pero el hilo le había formado como un ovillo en la garganta y una telaraña en los ojos.*

*Atinó a envolver al mala facha en un abrazo sin fin. Después de haberle humedecido el pelo de llanto, recién encontró las palabras que venía buscando.*

— ¡Mhiciste acordar de un mundo de cosas, con eso!

— ¿Qué cosas?

— ¡Yo qué sé! Cosas y más cosas.

*Apenas cenaron, quiso volver a sentir aquello. Se durmió a su son mal dibujado a dos dedos, sobre el silencio de la noche.*

Julio C. DA ROSA

no el corazón pero sí la esperanza de la madre. El consuelo del niño es la flauta, de la cual, solito, consigue sacar el arrotro que tenía guardado en su alma desde hace años. Al verlo, no queriendo aceptar la evidencia de la incapacidad de su hijo para aprender como los otros, encuentra como causante de sus males a la flauta (el mamarracho, la porquería, la cascarría ferrugienta) en cuyo dominio el muchachito se empeña para, de alguna manera, levantarse de su desgracia.

La descripción del arrotro que el niño logra apresar — como primera cosecha de sus desvelos — es de un detallismo inusitadamente primoroso. El autor se afina en mostrar el hilo de esa melodía balbuceada, apenas lograda contra el silencio del oscurecer. Este logro tan frágil — notemos aquí la presencia cálida, tierna de los diminutivos — *cosita liviana, finita*, produce en el niño una felicidad que no puede contenerse. ¿Y a quién se la habría de comunicar sino al ser más inmediato, más suyo, su madre?

El forcejeo entre las dos almas se establece; al deslumbrado "mire mamá" sucede la respuesta que, — como una costumbre sin sentimiento de su negación — se le da a los niños. Una respuesta escéptica, de poca valoración de lo que ellos hacen: — ¿Mire qué? ¿Esa facha de güerfano que tráis? (Otra vez el mamarracho, la porquería dañina...) Sin embargo, la rabia que sube dentro de la madre es sofrenada inmediatamente por la frágil melodía (el *pio pio* que después la tendría almarada...) que remueve el fondo de los años...

El creador traduce de manera única esa acción casi sobrenatural del sonido, de los recuerdos que el sonido trae y que son como bálsamo, algo que tiene paz...

Si en los primeros párrafos se había extremado en la descripción de la invisible música, aquí lo invisible ya se vuelve real, delicadamente concreto. Ese hilo de frágil armonía, que es como un hilo de seda y luego impalpable como la luz de la luna, y más aún, algo que viene quién sabe de qué mundos increíbles, tiene, sin embargo, tal empuje que coloca a la madre y al hijo frente al misterio, sobrecogidos, hermanados frente a fuerzas insospechadas, llenas de un poder de evocación que parece rebasarlos profundamente.

La transfiguración de la madre provoca la palabra agradecida, única, que está diciendo tantas cosas: "¡Mamá!"

Da Rosa ha colocado esta presencia de algo sobrenatural, — de algo que viene de quién sabe qué caminos desconocidos e íntimos — entre dos movimientos de la madre: el de la intención de dejar, indignada, la pala con que revolvió su comida, y el dejarla suavemente, ya sin ira, sino con amor, vencida por la dulzura de la música. El mundo doméstico está dado por este detalle insignificante, pero que nos ambienta y sirve para marcar un tiempo de la narración.

El despertar interior de la madre no encuentra su camino; la emoción asoma a los ojos, aprieta la garganta y se suelta en el abrazo y en el llanto. Y sólo después, pocas palabras de la madre nos dicen el contenido de ese mundo del recuerdo que, por obra de la modesta flauta, la unió a su hijo.

El niño ha visto que su madre, transformada, aceptaba su única alegría y, animado por esa misma confianza, pregunta, como todo niño, por algo bien definido, bien concreto: — ¿Qué cosas?

Pero estas cosas en el fondo no se saben, no se quieren saber porque no se pueden volver a vivir, y la madre, llena de una melancolía que ha sido dulcificada por la pura emoción que le ha proporcionado su hijo, vuelve al silencio. El silencio también acecha, y a la noche, el niño goza nuevamente su primer hallazgo y con él se duerme.

Han aparecido aquí vivencias esenciales y diferentes en seres parcos, de vida escondida. En pocas palabras, con la sabiduría de la composición, el escritor nos ha entregado sentimientos de asombro, de agradecimiento, rabia, felicidad, consuelo, nostalgia. Y, especialmente, la presencia de algo que los sobrepasa, la presencia del misterio que ha dejado su huella en sus personajes y en los que, por su trabajo inspirado, hemos participado hondamente de sus vidas.

Julio FERNANDEZ

Treinta y Tres, noviembre de 1971.

(Especial para EL DIA)

NOTA: Escritas ya estas páginas nos enteramos de que Próspero Ansin ha muerto, a la edad de setenta años, en nuestra ciudad. Son ellas, pues, un doble homenaje a la criatura anónima, al hombre de pueblo, y a Julio C. da Rosa, que supo, con su amor, rescatar para siempre esta vida del olvido.

[05/12/1971]